

XII

LA RESTAURACIÓN

En la historia de la Iglesia los grandes pueblos se suceden unos a otros en el papel de conductores. En los siglos X y XI el pueblo elegido era Alemania, en el siglo XIII Francia. A fines del XV y durante todo el XVI empuñó las riendas un pueblo que hasta entonces se había mantenido casi al margen de los demás: España. Durante largo tiempo se había venido preparando para este papel de hegemonía.

España bajo Fernando e Isabel.

Desde el retroceso de los árabes en el siglo XII y principios del XIII existían en la península ibérica cuatro reinos: Portugal (reino desde 1139), Castilla, Aragón y, al nordeste, la pequeña Navarra. En Castilla y Aragón reinaban en el siglo XV dos líneas de la misma dinastía: Enrique III († 1406) era rey de Castilla, y su hermano Fernando († 1416) lo era de Aragón y Sicilia. La nieta de Enrique, Isabel, casó en 1469 con el nieto de Fernando de Aragón, Fernando II, y a partir de entonces quedaron unidos ambos reinos. El último resto del dominio moro, el reino de Granada, fue conquistado en 1492; en 1515 Navarra se juntó también a Castilla, de modo que la península entera, con la única excepción de Portugal, quedó unida en una sola monarquía.

Al mismo tiempo que la unión dinástica tuvo efecto la transformación de un estado feudal de tipo medieval en un estado territorial administrado por una jerarquía de funcionarios. Ésta fue la obra de la extraordinaria pareja de soberanos Fernando e Isabel, que hicieron de España una gran potencia europea y la elevaron también a una gran potencia militar gracias a su Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba. Fernando era un hombre tan falto de escrúpulos como los demás príncipes del renacimiento, pero los superaba en dotes de gobernante; Isabel era una figura ideal, la mujer fuerte de la Escritura, educada en el humanismo, profundamente piadosa, virtuosa y de costumbres intachables. Mérito suyo fue que el auge político de España fuera de la mano con el religioso.

Dos grandes príncipes de la Iglesia dirigieron uno después de otro la vida eclesiástica española. El primero fue don *Pedro González de*

Mendoza, hijo del famoso poeta marqués de Santillana. En 1473 fue nombrado cardenal y canciller de Fernando e Isabel, en 1482 arzobispo de Toledo y primado de España. Fue un gran pastor de almas, compuso un catecismo y fundó muchas instituciones pías y magníficos edificios religiosos. Era el tiempo del primer renacimiento español, conocido con el nombre de estilo plateresco por la finura de sus elementos decorativos. A su muerte en 1495 Mendoza tuvo por sucesor al franciscano *Jiménez de Cisneros*, confesor de Isabel, que aún había de superarle en importancia. Ante todo, Cisneros fue un gran promotor de los estudios. En 1500 fundó la universidad de Alcalá. En la ciencia bíblica es conocido como editor de la primera políglota (1514).

La preocupación por mantener la unidad y la pureza de la fe llegó algunas veces a la dureza. En el año 1492 fueron expulsados del territorio español los judíos. Parte de ellos emigró a los Países Bajos, y parte al Oriente, donde aún hoy se encuentran judíos que hablan español. Los judíos y mahometanos que habían aceptado el bautismo, siguieron siendo vigilados con desconfianza por la Inquisición.

Si afortunados fueron Fernando e Isabel en las tareas políticas de su largo reinado, les persiguió en cambio la desdicha en su vida de familia. De su descendencia sólo dos hijas llegaron a la madurez. La más joven, Catalina, se casó, para su desgracia, con Enrique VIII de Inglaterra; la mayor, heredera de la corona española, poco después de su matrimonio con Felipe de Habsburgo, hijo del emperador Maximiliano, fue víctima de una incurable perturbación mental. Felipe murió ya en 1506, y así, a la muerte de Fernando el Católico, ocurrida en 1516, el hijo de Juana la Loca y nieto del emperador, Carlos V, que entonces contaba dieciséis años, heredó las coronas de Castilla, Navarra, Aragón, Sicilia y Nápoles, y al morir Maximiliano tres años después, recibió también todos los dominios austriacos, más los Países Bajos y la corona imperial alemana. España, que desde 1492 había también adquirido amplias posesiones en América, se había convertido en un imperio mundial. La cultura y las costumbres españolas imprimieron su sello especial a todo el siglo XVI europeo, desde el arte militar hasta la moda en el vestir y el «ceremonial cortesano español», el cual, empero, era de origen borgoñón y no había entrado en España hasta Carlos V.

España en el siglo XVI.

A principios del siglo XVI la población española debía ser de unos diez millones de almas, y parece que siguió aumentando durante un tiempo a despecho de la emigración a América, aunque la cifra de diecisiete millones que últimamente se ha dado para fines del siglo XVI es probablemente exagerada. La floración religiosa, iniciada bajo el gobierno

de Fernando e Isabel, persistió todavía durante todo el siglo XVI. La teología española ocupó el lugar que en la Edad Media había tenido París. Fueron sobre todo los dominicos los que destacaron en este campo: Francisco de Vitoria († 1546) y su discípulo Melchor Cano († 1560), el fundador de aquella rama de la ciencia teológica que hoy llamamos teología fundamental; Domingo de Soto († 1560); Bartolomé de Medina († 1581), fundador del sistema probabilista en la moral; finalmente el pugnaz Domingo Báñez († 1604). Hacia fines del siglo los jesuitas pudieron presentar también importantes figuras: el discutido Luis Molina († 1600), el agudo Gabriel Vázquez († 1604) y el más famoso de todos, Francisco Suárez († 1617). Entre los escritores ascéticos hay que nombrar el dominico Luis de Granada († 1588) y el jesuita Alfonso Rodríguez († 1616).

Mas ante todo España era en aquel tiempo una tierra de santos. Estrellas de primera magnitud son, además de san Ignacio de Loyola († 1556) y san Francisco Javier († 1552), los dos reformadores de la orden carmelita, santa Teresa de Jesús († 1582) y el doctor de la Iglesia san Juan de la Cruz († 1591). Junto a ellos se alinean los franciscanos san Pedro de Alcántara († 1562) y san Pascual Bailón († 1592), el agustino santo Tomás de Villanueva († 1555, siendo arzobispo de Valencia), san Francisco de Borja, duque de Gandía antes de su ingreso en la Compañía de Jesús († 1572), el beato Juan de Ávila, apóstol de Andalucía († 1569).

Felipe II.

Soberano de España fue en la segunda mitad del siglo XVI (1556-1598) Felipe II, una de las más grandes figuras de la historia moderna y al mismo tiempo una de las más injustamente tratadas. En Alemania, por culpa del famoso drama de Schiller *Don Carlos*, completamente antihistórico, Felipe II es considerado casi como un monstruo, y quizás aún más en Inglaterra: personificación de todo el obscurantismo, crueldad y espíritu reaccionario que gratuitamente se ha atribuido a la Iglesia católica. El Felipe II real era muy distinto. Parecido a su padre Carlos V en muchos rasgos de su carácter, grave, taciturno, solitario, le superaba todavía en el sentimiento de su responsabilidad y en el vivir totalmente entregado a sus deberes; poseía, además, una gran capacidad de trabajo y, a diferencia de su belicoso padre, no tenía ninguna afición a la milicia. Felipe II era profundamente religioso. En su palacio-convento del Escorial, que se hizo construir en un lugar solitario, pasaba muchos días en oración y meditación silenciosa. Llegado el caso, sabía también ser duro e inflexible, y fue la desesperación de alguno de los papas que con él tuvieron que tratar. En política cometió no pocos errores. Pero éstos no eran producto de su ambición de poderío o de orgullo, defectos de los que estaba casi enteramente

libre, sino de su elevado sentimiento de responsabilidad. Temblaba en presencia de Dios, pero se concebía a sí mismo como un delegado de Dios, sólo responsable ante él. En su familia Felipe II fue muy desgraciado; mas no fue culpa suya que sus sucesores fueran unos gobernantes incapaces, que en el siglo siguiente hicieron decaer a España de la altura a que él la había llevado. Que Felipe II haya esquilado a España hasta su completo agotamiento, es uno de tantos tópicos arbitrarios que sobre la historia española circulan en el extranjero.

Sería exagerado decir que la renovación eclesiástica en la época de la restauración fue obra exclusiva de España. Pero sí fue una gran suerte para la Iglesia que en el siglo XVI existiera al menos una gran potencia que hubiera quedado totalmente indemne de la herejía, y que este país estuviera en condiciones de aportar a la Iglesia, en el momento de su peor crisis, abundantes energías para su regeneración.

PAULO III

Aunque no existiera ningún nexo causal entre la mundanización del gobierno papal a partir de Sixto IV y la gran apostasía del Norte, de todos modos a ningún espíritu clarividente que tomara a pechos la causa de la fe y de la Iglesia, podía ocultársele que las cosas no podían seguir de aquel modo. Tales espíritus no faltaron desde principios del siglo XVI, y de hecho la Iglesia, desde mediados del siglo, experimentó en todos los campos un auge impresionante. A este movimiento ascendente se le ha dado el nombre de Contrarreforma, y este término está ya tan generalizado, que resulta muy difícil sustituirlo. Más acertado es, sin embargo, el nombre de restauración católica, usado sistemáticamente por Pastor en su *Historia de los papas*. Pero de cualquier modo que designemos este período, una cosa ha de quedar clara, y es que el progreso hecho por la vida eclesiástica no fue en modo alguno una reacción contra la apostasía del Norte. Justamente empezó en los países que menos afectados fueron por la reforma, en España y en Italia.

A Clemente VII siguió un papa cuyo pontificado representa un importante jalón en la historia de la Iglesia: Paulo III (1534-1549). No es que el progreso fuera debido a él solo, o a él principalmente. La tarea era superior a las fuerzas de un solo papa. Pero lo que sí fue mérito de Paulo III fue iniciar decididamente el nuevo rumbo de la Iglesia. Él fue el timonel que hizo virar la nave, hasta entonces juguete de los vientos, y realizó la maniobra adecuada en el momento oportuno.

Alejandro Farnesio se había criado todavía en el mundano ambiente de la Roma renacentista. Hijo de noble familia, su madre era una Gaetani, y su hermana Julia, llamada La Bella por su belleza, casó con un Orsini. A

los veinticinco años Alejandro VI le había hecho cardenal, no por sus méritos, sino en atención a ser hermano de Julia, que gozaba de gran favor ante el papa. En aquel tiempo Farnesio no llevaba una vida mejor que tantos otros en la corte papal. Tenía una amante, y de ella un hijo, Pedro Luis, destinado más tarde a desempeñar un papel en la historia. Su conducta mejoró con el tiempo, sobre todo después de recibir las órdenes en 1519. Su inteligencia, experiencia y habilidad en los negocios le aseguraron, ya bajo León X, un importante puesto en el colegio cardenalicio. En el conclave de 1523 estuvo a punto de ser elegido papa. Clemente VII al morir lo recomendó como su único sucesor posible. Su elección tardó sólo unas horas.

Acaso sea Paulo III uno de los hombres más inteligentes que han ocupado la silla de san Pedro. Conocemos su aspecto por los muchos retratos que pintó Ticiano: exteriormente un anciano —tenía sesenta y seis años al ser elegido, y murió a los ochenta y uno—, de pequeña estatura, encorvado y con aire de cansancio, con larga y canosa barba, pero de ojos fulgurantes y apasionados. Y, en verdad, apasionado lo era Paulo III, aunque siempre dueño de sí mismo. Excelente concededor de los hombres, era un maestro en el arte de descubrir las personas de valía y situarlas en el lugar debido. Como papa tenía un gran defecto: una excesiva preocupación por su familia. En esto se movía aún en la órbita de los Róvere y los Borja. A su hijo, Pedro Luis, le dio el ducado de Parma, que desde los tiempos de Julio II formaba parte de los Estados de la Iglesia, por lo que se vio implicado en peligrosas querellas políticas. Los Farnesio siguieron siendo duques de Parma hasta su extinción en 1731. La última Farnesio murió viuda de Felipe V de España. De los tres hijos de Pedro Luis, nietos del papa, Octavio debía heredar el ducado, y casó con Margarita, la hija natural de Carlos V. Los otros dos, Alejandro y Ranuccio, recibieron muy jóvenes la púrpura cardenalicia. Ranuccio murió prematuramente; Alejandro llegó a ser con el tiempo un príncipe de la Iglesia extraordinariamente digno y capaz.

Reforma del colegio cardenalicio.

Paulo III empezó la reforma por el punto de donde había venido todo el mal, o sea el colegio cardenalicio. Sus nombramientos de cardenales causaron sensación. Ya en 1535 hizo cardenal a Juan Fisher, que aguardaba en la cárcel el momento de subir al cadalso. Este nombramiento de nada podía servir a la Iglesia, pero poseía una significación simbólica. Vinieron luego Simonetta, Caracciolo, el benedictino Cortese, hombres de espíritu profundamente eclesiástico y destacando entre todos el noble Gaspar Contarini, seglar y consejero de Venecia. Al año siguiente obtuvieron el capelo el fundador de los teatinos, el ascético Juan Pedro Carafa, cuyo sólo

nombre, como el de Contarini, equivalía a todo un programa; el piadoso Sadoletto, destacado humanista; Reginaldo Pole, emparentado con la casa real inglesa, amigo de Contarini, y espiritualmente afín a él; Juan del Monte, el futuro papa Julio III; en 1538 el gran teólogo español Juan Álvarez de Toledo, de la orden de santo Domingo; en 1539 Pedro Bembo, uno de los más grandes humanistas de su tiempo, que después de una juventud ligera llevaba entonces una vida ejemplar; el diligente, erudito y santo Marcelo Cervini, que había de ser el segundo sucesor de Paulo III; en 1542 el eminente dominico Tomás Badía, al igual que Contarini protector de san Ignacio de Loyola y de su orden; Juan Morone, una de las mejores cabezas políticas que entonces poseía la Iglesia; en 1544 el obispo de Augsburgo, Otón Truchsess de Waldburg, uno de los primeros obispos alemanes que empeñaron todas sus energías contra el movimiento herético.

Paulo III hizo además cardenales a toda una serie de otras personalidades de importancia apenas inferior a los nombrados, con lo que el colegio en pocos años volvió a ser lo que debía haber sido siempre: un espejo de talento y méritos, de ciencia y santidad de vida, de visión política y de afanes pastorales.

Con sus mejores cardenales formó Paulo III una comisión encargada de elaborar proyectos de reforma. El alma de esta comisión fue, hasta su prematura muerte (en 1542), el cardenal Contarini. Sus trabajos constituyeron la base para los decretos de reforma del concilio de Trento.

Preparación del concilio.

Mientras los protestantes alemanes se hacían todavía la ilusión de pertenecer a la Iglesia universal, nadie reclamó la celebración del concilio con mayor insistencia que ellos. A este deseo se unieron después los católicos de todos los países. La convicción de que un concilio y sólo un concilio podía poner remedio a la situación, procedía del período conciliar del siglo XV. Pero el papa debía atender a que no se repitieran los sucesos de Pisa, Constanza y Basilea, y a que el concilio no acabara irrogándose la suprema autoridad en la Iglesia.

Poco después de su entrada en cargo, Paulo III llamó a Roma al nuncio apostólico en Viena, Vergerio, para que le informara sobre la situación en Alemania. Para que nadie le molestase, el papa se retiró con él a la Villa Magliana. Vergerio quedó estupefacto al darse cuenta de lo mal informada que la curia estaba de los asuntos alemanes. Una vez el papa se hubo instruido a fondo, envió a Vergerio a visitar a los príncipes alemanes para invitarles al concilio, que debía celebrarse en Mantua. Vergerio fue a Berlín, donde se entrevistó con el elector Hohenzollern Joaquín II, que aún no se había pasado abiertamente al luteranismo; luego se trasladó a Wittenberg, para ver a Lutero. El nuncio le halló arrogante, casi

demoníaco, pero obtuvo de él la promesa de presentarse en Mantua. Poco sospechaba entonces Vergerio que, trece años más tarde, él mismo se pasaría al protestantismo.

Es posible que la promesa de Lutero de asistir al concilio hubiera sido hecha en serio; valor personal nunca le faltó. Pero los príncipes de la Liga de Esmalcalda decidieron ya entonces no acudir al concilio, ni siquiera reconocerlo. Los afianzó en su actitud Enrique VIII, que había ya roto con la Iglesia, y también Francisco I, que, aunque católico, deseaba el fracaso del concilio, porque temía que su celebración redundara en un aumento de poder para su antiguo enemigo Carlos V.

A la antigua rivalidad entre Francisco I y Carlos V vino a añadirse, desde la muerte en 1535 del último Sforza, la cuestión de Milán. Los dos soberanos hacían valer sus derechos sobre este ducado. A Paulo III no le gustaba ninguno de los dos, pero se hubiera conformado con un príncipe francés. Estalló la guerra, con lo que no había que pensar en reunir un concilio. Al fin, Paulo III se trasladó personalmente a Niza y negoció allí separadamente con ambos soberanos. Consiguió al menos que cesaran las hostilidades.

Surgieron entonces nuevas dificultades por parte del duque de Mantua. Para celebrar el concilio en su capital puso tales condiciones que el papa tuvo que buscar otra ciudad. Ésta debía ser fácilmente accesible a los alemanes, sin encontrarse, empero, ni en territorio imperial ni dentro de los Estados de la Iglesia. Paulo se decidió por Vicenza, que pertenecía a Venecia. Los legados papales entraron solemnemente en Vicenza, pero apenas compareció nadie más, y el papa tuvo que suspender el concilio antes de que pudiera inaugurarse. En aquel momento ni el emperador ni su hermano sentían el menor interés por el concilio. Lo único que les importaba era llegar a la unión con los protestantes, y confiaban en poder obtenerla con tratados y deliberaciones religiosas.

En el año 1542 Paulo III, que quería celebrar el concilio a toda costa, dio un nuevo paso para acercarse a los alemanes: trasladó el sínodo a territorio imperial, a Trento. Como legados envió a su mejor diplomático, Morone, y al cardenal inglés Pole, cuya actitud conciliadora era generalmente conocida. Sólo se presentaron unos pocos prelados. El enviado del emperador, Granvela, no hizo sino poner dificultades. En la participación de Francia no había que pensar, mientras no estuviera resuelto el conflicto con el emperador. Así el papa tuvo que suspender una vez más el concilio.

Inauguración del concilio.

Finalmente, en el año 1544 Carlos V y Francisco I resolvieron sus diferencias sobre la cuestión milanese en el tratado de Crespy. Ambos se

declararon entonces en favor del concilio, y así el 13 de diciembre de 1545, más de diez años después de la primera convocatoria, pudo inaugurarse solemnemente. Presidentes eran los cardenales legados Monte, Cervini, Pole. Al principio sólo asistían veinticinco obispos, además de cinco generales de órdenes, entre ellos el eminente Seripando, general de los eremitas de san Agustín, la orden a la que había pertenecido Lutero.

Inmediatamente surgieron dificultades a propósito del orden en que debían tratarse las materias. El papa deseaba que ante todo se dictaran definiciones dogmáticas para poner en claro los puntos doctrinales discutidos. Carlos V quería dejar para más tarde las cuestiones teológicas, para no excitar a los protestantes, y proponía que se aprobaran primero los decretos de reforma, para demostrar ante los protestantes la buena voluntad de la Iglesia. Al fin se convino que en cada sesión se adoptaran contemporáneamente decretos dogmáticos y de reforma.

En el año 1546 se celebraron dos sesiones. En la primera, que es contada como la cuarta del concilio, se promulgó el decreto sobre el canon de la sagrada Escritura, y en la quinta el decreto sobre la doctrina del pecado original. El tiempo intermedio entre las dos se llenó con deliberaciones teológicas. Había aumentado el número de obispos asistentes, muchos de los cuales habían traído sus asesores teológicos. Al año siguiente se presentaron también los enviados del rey de Francia. En la sexta sesión se aprobó el decreto sobre la justificación, que era el punto central de toda la polémica doctrinal. Este decreto dogmático es una obra maestra en su género, prudente y claro. En la séptima sesión se decidió la doctrina católica sobre los sacramentos en general y sobre el bautismo en particular. Entonces se produjo una interrupción.

La desdichada cuestión de Milán había dado lugar a un nuevo conflicto, esta vez entre el emperador y el papa. A Paulo III le hubiera gustado hacer duque de Milán a su hijo Pedro Luis, que era ya señor de Parma y Plasencia. Gonzaga, el gobernador imperial de Milán, creyó prestar un buen servicio al emperador haciendo asesinar a Pedro Luis Farnesio. Paulo III, herido en lo más vivo por el crimen y sospechando, no sin motivo, que éste no se había perpetrado sin connivencia del emperador, cansado además, y ya de antes, de la excesiva presión que Carlos V ejercía en Trento, trasladó el concilio a Bolonia, o sea, a territorio de la Iglesia. Esto irritó sobremanera al emperador, el cual se retiró del concilio, en el preciso momento en que infligía en Mühlberg una decisiva derrota a la Liga de Esmalcalda. Antes de que pudiera llegarse a una reconciliación entre el emperador y el papa, murió Paulo III.

La conducta de Paulo III en la cuestión milanese y el traslado del concilio, que equivalía a su disolución, fueron sin duda errores graves. Sin embargo, queda para Paulo III el mérito de haber llevado a efecto el concilio, sobreponiéndose a todas las dificultades, y de haberle fijado el

método de trabajar más acertado. Sus sucesores pudieron recoger, en mejores circunstancias, la cosecha que él había sembrado.

FUNDACIÓN DE NUEVAS ÓRDENES

El nombre de Paulo III va ligado a la oleada de nuevas órdenes de clérigos regulares, como el de Inocencio III lo está al movimiento mendicante. Ya en tiempos de León X había surgido en Roma una hermandad de sacerdotes y seglares piadosos, con el nombre de «Oratorio del Amor divino», que tenía su centro en la pequeña iglesia de san Jerónimo de la Caridad, aún hoy existente. El propósito principal de estos hombres era difundir la práctica de la comunión frecuente, que entonces era casi desconocida. Círculos análogos se formaron en el norte de Italia, en Verona, Vicenza, Brescia, Venecia. Muchos de los hombres surgidos de estos grupos figuraron entre los más destacados paladines de la restauración en Italia: Juan Mateo Giberti, que desde su puesto de obispo de Vicenza actuó como celoso reformador mucho antes del concilio de Trento, y al que Carlos Borromeo tomó más tarde como modelo; Lippomano, un escritor popular muy leído y también obispo de Vicenza y luego de Bérgamo; el piadoso humanista Juvenal Manetti; los cardenales Sadoletto y Carafa, y finalmente san Cayetano de Tiene.

El Oratorio del Amor divino no era una orden propiamente dicha, ni tenía una organización fija. Pero Cayetano y Carafa sí fundaron una orden auténtica, y de un tipo totalmente nuevo: sacerdotes que se entregaban a la cura de almas, sin someterse a las prácticas y rigores monacales y apenas distinguiéndose exteriormente de los sacerdotes seculares que hacían vida en común. Se llamaron simplemente «clérigos reformados» o «clérigos regulares». Más tarde, cuando Carafa fue obispo de Chieti, la antigua *Theate Marucinarum*, se adoptó la costumbre de dar el nombre de «teatinos» a los adeptos de la orden del obispo de Theate. La nueva orden fue aprobada en 1525 por Clemente VII, y se reveló eficaz ya sólo por el ejemplo que daba de una vida estrictamente clerical. El nombre «teatino» se convirtió en programa, en consigna, y los espíritus mundanos hablaban de «teatinismo» en el sentido de «beatería».

Aconsejado por Carafa, san Jerónimo Emiliani fundó en el norte de Italia una orden similar de clérigos regulares, que de una pequeña ciudad cercana a Bérgamo tomó el nombre de «somascos». Paulo III la aprobó en 1540. Mayor importancia obtuvo una nueva orden de clérigos, fundada en Milán por san Antonio Zaccaría, conocida por «barnabitas», del nombre de su primera iglesia; Paulo III la aprobó en 1535.

La Compañía de Jesús.

Pero la orden de clérigos regulares que mayor difusión había de alcanzar fue la Compañía de Jesús u orden de los jesuitas, aprobada por Paulo III en 1540. Fue su fundador *San Ignacio de Loyola*, un caballero español oriundo del País Vasco. Ignacio, o Íñigo, había sido gravemente herido en el sitio de Pamplona de 1521; obligado a guardar cama durante largo tiempo, la lectura de vidas de santos operó en él una conversión y se decidió a consagrar su vida al servicio de Dios. Instruido en los elementos de la vida de piedad por los benedictinos catalanes de Montserrat, en 1523 emprendió él sólo una peregrinación a Palestina, para, según el antiguo espíritu de los cruzados españoles, dedicarse a convertir mahometanos. Pero los franciscanos que la Iglesia había designado como custodios oficiales de los Santos Lugares, no querían saber nada de predicadores espontáneos y enviaron a su casa al peregrino. Ignacio comprendió que necesitaba ordenarse de sacerdote y empezó a estudiar, primero en Barcelona, luego en las universidades de Alcalá y Salamanca, y finalmente en París. Entre los estudiantes de la Sorbona encontró compañeros de grandes dotes, entre ellos el piadoso saboyano Pedro Fabro, el inteligente español Laínez, destinado a desempeñar un gran papel en el concilio de Trento, y otro que había de ser uno de los más famosos santos de la Edad Moderna: Francisco Javier. Con estos y otros compañeros, en 1534 Ignacio hizo en Montmartre los votos de la orden. Al propio tiempo se comprometieron a realizar un viaje a Tierra Santa, probablemente no para quedarse allí, sino sólo como peregrinación. Viéndose frustrado este plan por la guerra de Venecia contra los turcos, los compañeros, que entretanto habían recibido las órdenes, se trasladaron a Roma para ponerse a disposición del papa. Paulo III, aconsejado por Contarini, aprobó la nueva orden y empezó en seguida a servirse de sus miembros. A instancias del rey de Portugal envió en 1540 a Francisco Javier a la India. En 1543 ingresó en la orden el primer alemán, san Pedro Canisio, y en 1548 el duque de Gandía, san Francisco de Borja, biznieto de Alejandro VI y amigo personal de Carlos V; el ingreso de este último causó sensación en toda Europa.

San Ignacio de Loyola.

Ignacio de Loyola es una de las grandes figuras de la historia eclesiástica, un eslabón de la gran serie formada por San Benito, san Romualdo, san Bernardo, san Francisco y santo Domingo, y no sólo por ser fundador de una gran orden, sino por su personalidad. No se trataba, sin embargo, de una personalidad brillante. No tenía ni el hechizo de la elocuencia, como san Bernardo, ni el encanto ingenuo e infantil de un san Francisco de Asís. En él predomina lo objetivo, la norma, el fin. Su fin era acercarse lo más posible a Dios, y acercar a los demás. Su fórmula «todo a

la mayor gloria de Dios» no es expresiva de una ambición de dominio eclesiástico, sino del afán de cumplir en todo la voluntad divina, pues Dios no quiere otra cosa que su propia gloria. Donde mejor se comprende a san Ignacio es en su libro de *Ejercicios*, que según una famosa frase de san Francisco de Sales, ha hecho más santos que letras contiene.

Por su libro de *Ejercicios* espirituales san Ignacio se ha convertido en uno de los clásicos de la vida religiosa. No, empero, en el sentido de haber creado una nueva espiritualidad. En los *Ejercicios* no se plantea ningún problema nuevo o particularmente importante. Es un manual del cristianismo corriente, del heroísmo cristiano natural y espontáneo.

En cierto sentido, san Ignacio se ha eclipsado detrás de su creación, la orden de los jesuitas. Sobre esta orden se ha acumulado, en el decurso del tiempo, una tal montaña de leyendas, por obra de amigos y enemigos, que a veces hasta a los católicos les resulta difícil hacerse de ella un concepto adecuado. Los jesuitas no eran ni son ninguna sociedad secreta, ninguna masonería católica, ningún estado mayor, ningún movimiento o corriente religiosa dentro de la Iglesia. Son, simplemente, una orden religiosa. No hay en ellos más misterios que los que pueda haber en los capuchinos, en los benedictinos o en los misioneros de Steyl. Tampoco tienen el carácter militar, al menos si por militar se entiende instrucción de reclutas, espíritu de reto y de agresión. Si a su cabeza está un general, como al frente de las demás órdenes, este título no es más que el término latino: *Praepositus generalis*. La importancia de los jesuitas dentro de la historia eclesiástica consiste simplemente en los grandes méritos contraídos por muchos de sus miembros en los más diversos campos, y desde el principio. Pero del mismo modo que en la historia del arte no existe un «estilo jesuita», como muchos han querido imaginar, tampoco ha habido ni hay dentro de la Iglesia una orientación religiosa específicamente jesuítica.

Importancia de los clérigos regulares.

La nueva forma de los clérigos regulares significó una importante ampliación de las posibilidades de la vida de religión. Al renunciar a muchos de los rigores de las reglas monásticas, las nuevas órdenes cobraron mayor movilidad y facilidad de adaptación. Significaba ya un considerable ahorro de tiempo y energía la substitución del régimen capitular por el monárquico. Muchos asuntos que en las órdenes antiguas debían resolverse por vía jurídica, se solucionan en las nuevas por vía administrativa, mucho más simple. Es verdad que esto supone en sus miembros cierto espíritu de renuncia; su intervención en las tareas de gobierno es muy escasa, y casi nunca tienen voz y voto. La introducción de los votos llamados simples, que en la mayoría de las nuevas órdenes substituyen a los solemnes, facilita la solución de las cuestiones

disciplinarias, ya que según el derecho canónico los votos simples son fácilmente dispensables y por tanto las órdenes pueden desprenderse sin dificultad de elementos poco aptos. Puede afirmarse, por consiguiente, que a partir del siglo XVI el sistema entero de las órdenes religiosas experimentó una transformación muy honda. Sin embargo, no hay que buscar ninguna conexión entre este cambio y la Reforma alemana. El nuevo tipo de orden y las distintas congregaciones surgidas, no fueron fundadas como una medida defensiva contra los protestantes, ni siquiera la de los jesuitas.

Los capuchinos.

Es también de esta época una orden que en breve tiempo había de ganar una gran popularidad, la de los capuchinos. No figuran entre los clérigos regulares, sino que son una rama de la orden franciscana. El deseo de volver a la primitiva pobreza y rigor predicados por san Francisco, había ya hecho surgir dentro de la orden un gran número de conventos y congregaciones reformadas. En el año 1525 Mateo de Bassi (Basci) emprendió una reforma de este tipo, con un carácter casi eremítico. Clemente VII confirmó en 1528 la unión de los nuevos pequeños conventos, los separó de los observantes y los sometió al ministro general de los conventuales, con un vicario general propio. El primer vicario general fue Mateo, el cual, empero, pronto abandonó su propia fundación para volver a los observantes. Su sucesor, Luis de Fossombrone, fue expulsado de la orden en 1536. El tercer vicario general, el santo Bernardino de Asti, consolidó la vacilante congregación, pero su sucesor, Bernardino Occhino de Siena, huyó de la orden en 1542 y se hizo calvinista. Parecía como si la Providencia quisiera demostrar que una orden podía nacer incluso con los más inadecuados medios. De todos modos, la apostasía de Occhino provocó una saludable crisis, no sólo entre los capuchinos, sino en toda Italia.

Crisis religiosa en Italia.

Occhino había sido discípulo del español Juan de Valdés, un piadoso seglar establecido en Nápoles que con su espiritualidad nebulosamente sentimental había atraído a muchas personas de intensa vida interior, sobre todo mujeres, entre ellas la noble poetisa Victoria Colonna. Los teatinos, con su sentido estrictamente eclesiástico, fueron los primeros en encontrar sospechosa esta nueva forma de piedad. Sin embargo, Valdés murió en 1541, en paz con la Iglesia. Occhino era entonces el más celebrado predicador de Italia; Giberti y otros partidarios de la reforma lo tenían en gran estima, como también Paulo III. Amigo de Occhino y animado por sus

mismos sentimientos era el canónigo de San Agustín Pedro Vermigli, predicador también famoso, que difundió sus ideas sobre todo en Luca. Cuando en 1542 Occhino y Vermigli fueron finalmente acusados de herejía en Roma, comprendieron que su juego estaba descubierto y huyeron a Ginebra, al lado de Calvino. El escándalo fue grande, pero saludable. El incidente abrió los ojos a los idealistas que en su tiempo habían sido influidos por las doctrinas de Valdés, como Victoria Colonna, amiga de Miguel Ángel, Contarini y Pole.

Paulo III intervino con gran energía. A instancias de Carafa organizó la Inquisición en toda Italia, la cual, con la misma eficacia que la española aunque sin la dureza de ésta, disolvió los círculos heretizantes que se habían formado gracias a la actividad de Occhino y Vermigli. Así Italia fue salvada para la fe católica antes de que se produjera una apostasía de grandes proporciones. Por su parte, la orden capuchina, de la cual había partido la crisis, conoció seguidamente un gran florecimiento y se convirtió en uno de los principales factores del general auge religioso.

HASTA EL FIN DEL CONCILIO DE TRENTO

Julio III (1550-1555).

El conclave subsiguiente a la muerte de Paulo III constituyó una decepción para los reformistas. El cardenal Monte, que después de una encarnizada pugna de los partidos políticos, el imperial y el francés, fue elegido como candidato de transacción, no era ninguna figura ideal, sino un hombre mundano y amigo de los placeres. Ya desde el comienzo provocó un gran escándalo al nombrar cardenal a un licenciado muchacho de diecisiete años de su servidumbre, llamado Inocencio del Monte, lo cual dio lugar a las peores murmuraciones. Los paladines de la reforma, Carafa, Pole y otros, protestaron enérgicamente, pero en vano.

Con todo, Julio III comprendió que debía seguir por el camino desbrozado por Paulo III. Sus demás nombramientos de cardenales fueron acertados, protegió a los jesuitas e incluso consiguió vencer las dificultades que se oponían a la continuación del Concilio de Trento. En dos sesiones fueron aprobados los importantes decretos dogmáticos sobre la eucaristía y el sacramento de la penitencia. Pero la asamblea tuvo que ser disuelta de nuevo, al surgir un nuevo conflicto entre el emperador y el rey de Francia, provocado por la rebelión del elector de Sajonia.

Ojeada retrospectiva.

Vemos, pues, que el pontificado de Paulo III representó en muchos aspectos un punto crucial de la historia eclesiástica. Mucho faltaba aún para la perfección, y el propio Paulo III estaba lejos de ser un santo; pero la tarea había empezado con buenos augurios. Desde entonces había en la Iglesia un poderoso partido reformista, no ya secreto y subterráneo como en tiempos de León X y Clemente VII, sino a la luz del día y con partidarios hasta en la cumbre de la jerarquía, entre los obispos y cardenales; en realidad, no era ya un partido, puesto que el papa se había puesto a su frente con toda conciencia. Estaba abierto el camino para la renovación general de la Iglesia.

Marcelo II (1555).

A la muerte de Julio III los cardenales del partido rigurosamente eclesiástico estaban firmemente decididos a no tolerar componenda alguna. El elegido había de ser el mejor. El cardenal Pole, que había ya estado a punto de ser papa en el conclave anterior, quedaba descartado porque residía en Inglaterra como legado. Quedaban, como los mejores, Carafa y Cervini. Pero Carafa era tan temido, que todos se inclinaron por Cervini, y el propio Carafa empeñó toda su autoridad en favor de su colega mucho más joven. Así éste fue elegido en un conclave muy breve, y adoptó el nombre de Marcelo II. La reforma parecía finalmente un hecho, cuando a las tres semanas murió el nuevo papa. La impresión fue abrumadora. Seripando opinó que Dios había querido dar a entender que la salvación de la Iglesia no podía obtenerse con medios humanos.

Paulo IV (1555-1559).

Tampoco entonces se quiso elegir al ausente cardenal Pole. Carafa era temido de todos por su dureza, incluso de los más acérrimos reformistas. Además, Carlos V había interpuesto su veto, es decir, había hecho uso del derecho que tenían o creían tener los soberanos católicos de excluir del papado a los candidatos que no les fueran gratos. A pesar de todo, fue elegido Carafa, sobre todo gracias a la habilidad del joven cardenal Alejandro Farnesio, nieto de Paulo III.

Paulo IV contaba setenta y nueve años cuando fue elegido. Le parecía un milagro que él, que nunca había deseado la tiara, a quien nadie quería y ante quien todos temblaban, aun los más celosos, hubiera sido nombrado papa pasando por encima del veto del emperador, y ello agravó todavía la conciencia que tenía de su poder. Por lo demás, siempre había abrigado el más alto concepto de la dignidad y poderío del papado. Creía que podía mandar sobre reyes y pueblos al estilo de Inocencio III, sin darse cuenta del cambio que habían experimentado los tiempos. A pesar de haber

encanecido en los negocios de la Iglesia, en el fondo seguía siendo un monje totalmente ajeno al mundo.

Tomó por secretario a su sobrino Carlos Carafa, hombre taimado y sin escrúpulos, sin otro pensamiento que el de ganarse un principado para su familia, el de Nápoles o al menos el de Siena.

Paulo IV era un ardiente patriota italiano. Odiaba a Carlos V, al que no podía perdonar el sacco de Roma, ni su supuesta inteligencia con los protestantes; odiaba sobre todo a los españoles, que oprimían a su patria napolitana y a los que tenía por una mezcla de judíos y mahometanos. Con el pretexto más fútil, declaró la guerra a España, incitado a ello por su sobrino. De seguro que Paulo IV creía contar con la ayuda de Francia. Pero Francia no demostró el menor deseo de comprometerse en una aventura italiana. Así el papa, con su minúsculo ejército, se enfrentó sólo como agresor contra el poderosísimo Imperio español. Felipe II, que entre tanto había recibido el gobierno de manos de su padre, hizo avanzar sobre Roma al duque de Alba, al frente de un poderoso ejército. El papa tuvo que hacer las paces a toda prisa, y pudo darse por contento de que su enemigo fuera Felipe II, quien no quería de él otra cosa sino que lo dejara en paz. Esta guerra, casi ridícula, que en realidad no fue más que una demostración militar, tuvo, sin embargo, un importante efecto. A partir de entonces quedó claro a los ojos de todos que el Estado Pontificio no era una potencia europea como había podido parecer en tiempos de Julio II y León X. Ha sido un bien para la Iglesia que, entre los medios puestos en práctica por el papado en la prosecución de sus fines pastorales, quedaran en lo sucesivo descartados todos los de carácter político-militar.

En la esfera eclesiástica Paulo IV fue el riguroso partidario de la reforma que siempre había sido. Sus nombramientos de cardenales fueron todos hechos teniendo en vista este objetivo: el teatino Scotti, el franciscano Dolera y un santo, el dominico Ghislieri, el futuro Pío V. Manejó la Inquisición con la misma extremosidad que en todo demostraba. Hasta hizo encarcelar al cardenal Morone, de cuya fidelidad a la Iglesia nadie podía sensatamente dudar, por sospechas de herejía. Al final, expulsó también del modo más inesperado y dramático a sus *nepotes*, junto con el cardenal Carlos Carafa.

Paulo IV es uno de aquellos hombres para los cuales fue una desgracia alcanzar la cumbre. Como fundador de una orden y como cardenal había prestado servicios extraordinarios, y acaso hubiera sido venerado como santo; como papa, defraudó casi todas las esperanzas.

Pío IV (1559-1565).

Aunque los Estados de la Iglesia hubieran quedado descartados como poder militar, no por ello había menguado el interés que los soberanos

católicos ponían en la elección de los papas. Felipe II, sobre todo, había de hacer todo lo posible para que no se eligiera a otro Paulo IV. Por sus presiones y gracias a la influencia decisiva de los cardenales Carlos Carafa y Alejandro Farnesio fue elegido Juan Ángel Médici con el nombre de Pío IV.

Tanto los contemporáneos como los historiadores posteriores se han lamentado de la presión que Felipe II ejerció, hasta el fin del siglo, sobre las elecciones papales. Conviene, empero, tener en cuenta que la situación que Felipe II ocupaba en el mundo y en la Iglesia, hacía inexcusable para los cardenales el tomar en consideración sus deseos e intereses. Y no puede negarse, por otra parte, que los papas elegidos bajo la presión de Felipe II figuran entre los mejores que jamás hayan regido los destinos de la Iglesia.

Pío IV, un milanés sin ningún lazo familiar con los Médicis de Florencia, como cardenal había destacado muy poco. Personalmente algo mundano, inteligente y moderado, era la exacta contrapartida de su predecesor. Siguiendo la mala costumbre de los papas renacentistas, en cuanto fue elegido hizo venir a su corte una gran cantidad de parientes, a los que colmó de rentas, prebendas y títulos. Pero entre ellos había uno que estaba destinado a ser el ángel custodio de Pío IV: *san Carlos Borromeo*. Pío IV le hizo cardenal y secretario de estado a los veintiún años, y no tuvo que arrepentirse de su elección. A san Carlos Borromeo pertenece el mérito de que el pontificado de su tío fuera tan beneficioso para la Iglesia. Pero Pío IV tiene el mérito no menor de haber dejado a su sobrino las manos libres en todos los asuntos y de haberlo sostenido siempre en todo, aunque más de una vez le arrancaran suspiros las «teatinerías» del joven.

Las dotes de Carlos Borromeo acaso no se elevaran por encima de lo corriente, pero era un trabajador incansable y de lo más concienzudo; aunque entregado de lleno a los más elevados ideales religiosos, no era entonces aún el riguroso asceta que fue más tarde, siendo arzobispo de Milán, había de imprimir su figura con rasgos indelebles en la historia eclesiástica. Con todo, su ejemplo obró prodigios en la corte papal. Gracias a él la curia adquirió aquel sello puramente eclesiástico y sacerdotal que tanto se había echado de menos durante el Renacimiento, y que no habían podido darle los breves pontificados de Marcelo II y Paulo IV.

Menos elogios merece Pío IV por el proceso que hizo celebrar contra los *nepotes* de su antecesor. Los Carafa se habían hecho merecedores de un severo castigo; el cardenal Carlos había abusado del más vergonzoso modo de la confianza de su anciano tío, empujándolo a la desdichada guerra contra España. Entre sus parientes inmediatos se habían cometido asesinatos, con su complicidad o connivencia. Pero el proceso fue conducido inicualemente. El fiscal Pallantieri era un notorio enemigo de los Carafa. El cardenal Carlos y su hermano, el duque de Paliano, fueron condenados a muerte y ejecutados, y los bienes de la familia confiscados.

El sucesor de Pío IV, san Pío V, restituyó más tarde los bienes a los Carafa y por su parte condenó a muerte al inicuo procurador, que entre tanto se había hecho culpable aún de otros desafueros. El proceso de los Carafa, aunque injusto de suyo, ejerció de todos modos un efecto favorable: los *nepotes* de los papas posteriores ya no ambicionaron entrar en posesión de estados soberanos, como los Róvere, Borja,

Médici, Farnesio, sino que se contentaron con riquezas y títulos nobiliarios. No es que en esta forma atenuada se hiciera loable el nepotismo, pero al menos no fue tan funesto para la Iglesia.

Fin del concilio de Trento.

La gloria de Pío IV se cifra en haber continuado y llevado a su feliz terminación el concilio de Trento. El infatigable Borromeo tuvo también esta vez que superar las más enfadosas dificultades diplomáticas, para que en 1562 pudieran reanudarse finalmente las sesiones. El número de padres era ahora mayor que antes. En la sesión vigesimoprimera tomaron parte más de doscientos prelados. En ella se promulgó el decreto sobre la comunión bajo las dos especies, que había sido uno de los puntos más discutidos. Se determinó que los laicos no estaban obligados a comulgar con las dos especies; bajo cualquiera de éstas se recibía el sacramento entero, y la Iglesia podía prescribir una determinada forma de recibirlo, que el individuo no podía cambiar a su capricho. Por lo demás, Pío IV ya antes había concedido el cáliz de los laicos a algunas provincias eclesiásticas alemanas, a saber, Maguncia, Tréveris y Estrasburgo, y luego a Bohemia y Hungría, cediendo a instancias de los príncipes católicos, los cuales esperaban así eliminar uno de los motivos de disensión con los protestantes. Pero no se obtuvo el resultado propuesto; la población católica sacó pocos beneficios de esta concesión, que los protestantes interpretaron como una debilidad. Finalmente fue revocada a instancias de los mismos príncipes que la habían solicitado.

La sesión vigesimosegunda trajo el decreto dogmático sobre el sacrificio de la misa y decretos de reforma referentes a la celebración del culto. La vigesimotercera sesión trató del orden sagrado y dictó decretos sobre la preparación de los futuros sacerdotes, especialmente mediante la fundación de seminarios. En la sesión vigesimocuarta se decidió la doctrina relativa al sacramento del matrimonio, al tiempo que se atenuaban los impedimentos canónicos, simplificando así el derecho matrimonial. En la sesión vigesimoquinta se publicó la doctrina sobre el purgatorio, el culto de los santos y las indulgencias. Hecho esto, los padres, convencidos de haber llevado a término el trabajo principal y de que el resto podía resolverlo el papa por la vía ordinaria, aceleraron el fin del concilio. Y puesto que tanto Borromeo como el propio papa deseaban también su conclusión, el 4 de

diciembre de 1563 el presidente, cardenal Morone, declaró cerrado el concilio en una sesión solemne. Al año siguiente Pío IV confirmó en una bula todos los decretos del concilio. Los decretos se imprimieron, y para su interpretación auténtica se nombró una congregación especial de cardenales.

Significación del concilio de Trento.

Tanto en duración como en trascendencia para la vida de la Iglesia, el concilio de Trento supera a todos los demás concilios ecuménicos. Su primitivo objeto, la reconciliación con los protestantes, no fue conseguido; pero en su alcance rebasó ampliamente este fin, impuesto por las circunstancias. Su obra principal consiste en haber arrojado luz sobre muchos problemas de la fe. A partir del concilio todo el mundo tuvo que contestar a la pregunta de si quería ser católico o no. No era ya posible mantenerse en una vacilante neutralidad, como tampoco lo era arreglarse un credo peculiar y personal. Además, la profundidad religiosa y la potencia teológica de los decretos del concilio de Trento constituían una palmaria demostración de que en modo alguno podía hablarse de una decadencia espiritual en el seno de la Iglesia. La marcha seguida desde el apogeo de la escolástica, desde santo Tomás y san Buenaventura, había sido en sentido ascendente, no descendente. De este modo el concilio vino a fortificar la confianza de los católicos en el magisterio eclesiástico y en la jerarquía.

A corroborar esta confianza en la organización jerárquica y sacramental se dirigen también los decretos de reforma. El sínodo estableció la obligación de residencia de los pastores de almas, en especial la de los obispos, y también su plena libertad en el ejercicio de su ministerio. Recomendó la frecuente celebración de sínodos diocesanos y provinciales, una cuidadosa selección y educación del clero, y dio normas detalladas para que el culto divino se celebrara con la debida dignidad. La preocupación que todo lo domina, es el cuidado de las almas. Podría, sin más ni más, calificarse al concilio de Trento como el concilio de la cura de almas sacramental. Su postura ante las órdenes religiosas es totalmente favorable. Abrigar una alta estima del estado religioso fue siempre una característica de un espíritu auténticamente católico. Muchos de los teólogos del Trento eran religiosos regulares, sobre todo dominicos, a cuya orden pertenecían muchos de los obispos allí congregados.

El concilio introdujo innovaciones decisivas en la organización de los beneficios eclesiásticos. Las viejas «prácticas financieras», que tanto habían dado que hablar desde los tiempos de Aviñón, expectancias, regresiones, accesiones, etc., fueron pura y simplemente abolidas, mientras se introducían enérgicas reformas en otros puntos y se prohibía la

acumulación de varias prebendas en una sola mano, lo que por lo demás resultaba ya imposible al establecerse la obligación de residencia. Por su parte, el papa estuvo totalmente de acuerdo en que tanto él como la curia perdieran con este motivo una gran parte de sus rentas.

Sería, en cambio, erróneo pensar, como a veces se hace, que el concilio de Trento imprimió un nuevo rumbo e infundió un nuevo espíritu a la vida religiosa. Le aportó, sí, claridad y limpieza, corroboró su valentía y su sentimiento de responsabilidad, pero no creó ningún tipo nuevo de santo. Ni era tampoco necesario. Trento representa un hito en la trayectoria de la Iglesia, no un viraje ni una ruptura.

LOS GRANDES PAPAS POSTERIORES AL CONCILIO DE TRENTO

Pío V (1566-1572).

Después que Pío IV hubo muerto en brazos de san Carlos Borromeo, los aunados esfuerzos de éste y del cardenal Farnesio impusieron la elección de un santo, el dominico Miguel Ghislieri, con el nombre de Pío V. Los romanos no se mostraron muy satisfechos con la elección: Ghislieri había sido amigo de Paulo IV, y era de temer que volvieran los tiempos de éste. Pío V lo sabía y comentaba bromeando: «Si Dios me ayuda, mi muerte les afligirá más de lo que les aflige ahora mi elección». Así ocurrió, en efecto.

Pío V fue elegido en el momento más oportuno. Una vez promulgadas las leyes e introducida la reforma en todos los terrenos, lo que faltaba ahora era un buen ejemplo que hiciera lo demás. Pío V se entregó totalmente a su ministerio espiritual. No quedó el menor vestigio del principesco boato de la época del renacimiento. Todo era en él piedad, celo, espíritu eclesiástico. Y aunque más de una vez su celo le llevara demasiado lejos, sobre todo en cuestiones de moralidad pública, y en ocasiones pecara de excesiva meticulosidad, de todos modos se mantuvo siempre lejos de la irreflexiva dureza de Paulo IV.

Mantenerse al margen de la política, esto no puede hacerlo ni el papa más santo, puesto que tiene obligación de velar sobre los católicos del mundo entero. La excomunión solemne que Pío V dictó contra Isabel de Inglaterra, ha dado lugar a los más encontrados juicios. El paso estaba formalmente justificado, ya que Isabel entregó su país definitivamente en brazos del protestantismo. Pero en la práctica la excomunión no podía ya cambiar nada y sólo sirvió para empeorar la situación de los ingleses que se habían mantenido fieles al catolicismo. En cambio, la política antiturca de este papa tan poco belicista se apuntó un brillante éxito.

La amenaza que los turcos representaban para la cristiandad occidental, no había hecho sino agravarse desde principios del siglo XVI. Tras la batalla de Mohacs en 1526, los turcos habían ocupado la mayor parte de Hungría; en 1529 pusieron sitio a Viena, y en lo sucesivo el emperador se vio obligado a hacer a los protestantes concesiones cada vez mayores, para comprar así su ayuda contra los otomanos. A mediados de siglo su presión se hizo sentir también en el centro del Mediterráneo. Aunque los caballeros de Malta frustraron el ataque a esta isla, al año siguiente (1566) los venecianos perdieron las islas que poseían en el mar Egeo, Quíos, Andros, Naxos, y los barcos turcos llegaron incluso a asomarse al Adriático. Finalmente, en 1569 los turcos exigieron de los venecianos la evacuación de Chipre, y amenazaron con la guerra.

Pío V estaba empeñado en formar una liga de todos los estados cristianos. A este efecto envió embajadores incluso a Rusia. Al fin sólo Felipe II se declaró dispuesto a tomar las armas, aunque los españoles eran justamente los aliados menos gratos a los venecianos. De todos modos, se pudo reunir una gran flota, formada de ciento once navios venecianos, ochenta y uno españoles y doce papales, que en cierto sentido actuaban de enlace. A la entrada del golfo de Corinto, ante Lepanto, fue avistada la escuadra turca, y allí se trabó, el 7 de octubre de 1571, la mayor batalla naval que había habido desde los tiempos de Augusto y que no sería superada hasta Trafalgar. Los cristianos tuvieron siete mil muertos, pero la flota turca quedó casi completamente aniquilada. El júbilo fue inmenso en toda Europa, y el mérito principal de la victoria fue atribuido unánimemente al papa.

Verdad es que no se aprovecharon las ventajas tácticas que la victoria de Lepanto ofrecía, por culpa de las disensiones que en seguida volvieron a estallar entre los vencedores. Sus efectos fueron, sin embargo, importantes. Los turcos habían perdido su fama de invencibles, y la derrota provocó graves crisis interiores en su imperio; en cuanto a su dominio del Mediterráneo, quedó definitivamente eliminado.

Seis meses escasos después de la batalla murió Pío V, tan santamente como había vivido, revestido con el hábito de santo Domingo. La oración de su última enfermedad decía: «Aumenta, Señor, mis dolores, pero aumenta también mi paciencia». Clemente XI lo canonizó en 1712. Sus reliquias descansan en Santa María la Mayor.

Gregorio XIII (1572-1585).

En el conclave las figuras directivas volvían a ser los cardenales Farnesio y Borromeo. Muchos se inclinaban por hacer papa a Farnesio, pero Felipe II interpuso su veto, pues no quería que fuera papa ningún miembro de una de las familias que reinaban en Italia. Así Farnesio y

Borromeo se pusieron de acuerdo en recomendar la elección del cardenal Boncompagni.

Gregorio XIII siguió siendo durante su vida entera el jurista práctico y sensato que había sido ya cuando actuaba como profesor en la universidad de Bolonia, donde había contado entre sus discípulos a Morone y Pole, a Otto Truchsess y Estanislao Hosius. Había además adquirido una amplia visión política y un gran conocimiento de los negocios gracias a sus largos años de servicio en la curia y en misiones diplomáticas. Su religiosidad había ganado en hondura gracias a su trato con san Carlos Borromeo.

Como papa, Gregorio XIII siguió siempre sinceramente adicto al santo arzobispo de Milán y hacía frecuente uso de sus consejos, a pesar de ser éste treinta y cinco años más joven que él, y de que no siempre era cómodo tenerlo de asesor, habituado como estaba a exigir el máximo, tanto de sí mismo como de los demás. Con gran dolor recibió el papa en 1584 la noticia de la muerte del santo.

Gregorio XIII gobernó totalmente de acuerdo con el espíritu de Trento, con el de su santo predecesor y con el de Borromeo. Fomentó la vida de las órdenes, aunque no quiso que ningún miembro de una orden fuera cardenal. Para los jesuitas, a los que apreciaba sobremanera, edificó el espacioso Colegio Romano, institución que aún hoy es, aunque no en su primitivo edificio, universidad papal de Roma y, para distinguirla de la antigua Sapienza, que hoy ha pasado al Estado, es conocida con el nombre de «Universidad gregoriana», en recuerdo de su fundador. El papa, a fuer de antiguo profesor universitario, sentía un interés especial por esta fundación suya. Cuando el famoso teólogo español Francisco Suárez fue llamado a Roma, asistió personalmente a su lección inaugural.

Fomentó sobre todo los estudios y la educación del clero. Fundó una serie de seminarios especiales para los países en los que se había impuesto la herejía, y ayudó a otros por medio de generosas fundaciones, como al colegio alemán, o *Collegium Germanicum* de Roma, y al colegio inglés de Douai.

Versado como era en el derecho y la administración, aumentó y reorganizó los organismos centrales de la Iglesia, las congregaciones de cardenales, obra que fue terminada por su sucesor Sixto V. Estos dos papas dieron a la curia romana la forma que aún hoy la caracteriza. Gregorio XIII reorganizó también el sistema de las nunciaturas. Existían entonces en Italia cuatro nunciaturas permanentes, en el reino de Nápoles, ante el duque de Saboya en Turín, ante el gran duque de Florencia y en la república de Venecia; había además nuncios en Viena, ante el emperador, y en los reinos de Francia, España, Portugal y Polonia. Gregorio instituyó dos más, una en Colonia para el occidente de Alemania, y otra en Suiza.

El nombre de Gregorio XIII va además unido a la reforma del calendario. El calendario entonces vigente, que se remontaba a Julio César, se había retrasado ya diez días con respecto al año solar. El papa restableció la armonía entre el año solar y el oficial por medio de una regulación de los años bisiestos. Los países protestantes, llevados de su hostilidad al papa, tardaron mucho en adoptar la reforma, cuya oportunidad nadie discutía; algunos no la introdujeron hasta el siglo XVIII, y los rusos no la han adoptado hasta estos últimos años.

Santos en Roma.

Durante la segunda mitad del siglo XVI *san Felipe Neri* († 1595) desarrolló en Roma una incansable actividad como confesor y amigo y consejero de toda clase de gente, desde los más altos a los más humildes: era un temperamento siempre alegre y original, pero además muy inteligente y hábil. La comunidad por él fundada de los oratorianos, no constituía una orden propiamente dicha, sino una asociación de sacerdotes sin votos especiales. Aunque san Felipe Neri no era un erudito, estimuló grandemente los estudios. Su discípulo César Baronio publicó en 1588 el primer volumen de sus *Anales*, la primera historia eclesiástica en sentido moderno, basada sobre las fuentes, por la que también Gregorio XIII se interesó vivamente. Fue también Felipe Neri el primero que llamó la atención sobre las catacumbas romanas.

Intimo amigo de san Felipe Neri fue, mientras vivió, san Ignacio de Loyola († 1556); luego lo fueron también el hermano lego capuchino *Félix de Cantalicio*, canonizado también, que como simple limosnero fue durante cuarenta años la edificación de Roma, y san *Camilo de Lelis*, fundador de una orden de clérigos regulares dedicada al auxilio espiritual de enfermos y moribundos. La cruz roja que Camilo y los suyos ostentaban sobre el pecho y que se hizo popular en todos los hospitales y campamentos, se convirtió con el tiempo en distintivo de los servicios sanitarios, especialmente en la guerra. Al español san *José de Calasanz* († 1648), se debe la primera escuela pública abierta en Roma (1597) y la creación del instituto religioso de las Escuelas Pías (escolapios).

Sixto V (1585-1590).

A la muerte de Gregorio XIII fue elegido papa un hombre de talla muy fuera de lo común, el franciscano Félix, llamado Montalto por su patria, o Peretti por el nombre de su padre. De origen muy humilde, había recibido la púrpura cardenalicia de manos de Pío V. Alrededor de la figura de Sixto V se ha tejido toda una guirnalda de leyendas, motivadas, entre otras cosas, por su rigor en la represión del bandolerismo. Contra esta plaga

que infestaba no sólo los Estados de la Iglesia, sino también el reino de Nápoles y otros territorios, procedió con tanta habilidad como firmeza; no consiguió, sin embargo, extirparla. Forma parte de estas leyendas la afirmación de que hizo talar los bosques de la campiña romana para privar a los bandidos de sus refugios, con lo que acarreó al país daños peores que los que pretendía sanar. Auténticos bosques no los había en la campiña ya desde la antigüedad. Nada tiene, en cambio, de legendaria la gran actividad constructora de Sixto V. Durante su pontificado se terminó la gran cúpula de San Pedro, se edificó la parte del Vaticano que hoy habitan los papas, y además el nuevo palacio de Letrán. Pero aún más que con sus nuevas edificaciones, cambió Sixto V la fisonomía de la ciudad de Roma gracias a las conducciones de agua que hicieron habitables los nuevos barrios urbanos, y por el grandioso trazado de calles hecho según los principios urbanísticos de la incipiente edad barroca.

No es exagerado decir que fue Sixto V quien dio a la ciudad gran parte de ese carácter monumental que no han podido borrar del todo las innumerables deformaciones que ha sufrido en las épocas posteriores.

En todas estas empresas Sixto V obedecía a la misma idea de índole pastoral que había también guiado la conducta de Nicolás V y Julio II, a saber, que siendo la capital de la cristiandad un punto de concentración de peregrinos procedentes de todas las partes del mundo, convenía que incluso en lo exterior dejara en sus visitantes una impresión de dignidad y de grandeza.

Para el gobierno de la Iglesia, el pontificado de Sixto V es importante por haber llevado a término la organización de las congregaciones de cardenales. Además de las seis dedicadas a la administración del Estado Pontificio, se crearon nueve para el gobierno de la Iglesia, tres de las cuales fueron creación de este papa: la congregación del consistorio (nombramientos de obispos), la de los regulares (órdenes religiosas) y la de ritos (culto y canonizaciones). Gracias a las congregaciones de cardenales, que corresponden a los ministerios de los estados seculares, la administración se hizo más rápida y unitaria. Cada materia iba a parar a manos de especialistas. Fue también Sixto V quien para lo sucesivo fijó en setenta el número de cardenales.

Clemente VIII (1592-1605).

Los tres papas que sucedieron a Sixto V, Urbano VII, Gregorio XIV e Inocencio IX, murieron tan rápidamente después de su elección, que sus pontificados no han dejado apenas rastros dignos de mención. Pero en 1592 volvió a subir al solio pontificio un hombre fuera de lo común, Hipólito Aldobrandini, que adoptó el nombre de Clemente VIII.

Antes de su elección ocurrió en el conclave un incidente que causó gran sensación. La mayoría de los cardenales querían elegir al cardenal Santori, hombre intachable, y al efecto se reunieron inmediatamente después de empezado el conclave en la capilla Paulina. Como según el derecho canónico basta que los dos tercios de los cardenales coincidan en la expresión de su voluntad para que el designado por ellos sea papa, cualquiera que sea la forma en que tal voluntad se exprese, Santori tenía motivos para creer que estaba ya elegido. Muchos cardenales eran de la misma opinión, y empezaron a solicitar gracias del nuevo papa. Pero el decano del colegio sostuvo que una simple reunión preparatoria de la elección no significaba todavía una expresión de la voluntad, y exigió que se hiciera la votación en la forma regular. Pero en ésta Santori no reunió los dos tercios de los votos. Entonces se vio una vez más cuánto habían cambiado los tiempos. En la Edad Media se hubiera producido indefectiblemente un cisma; ahora Santori, aunque profundamente desilusionado, se sometió inmediatamente, y tomó parte en las siguientes votaciones como si nada hubiera ocurrido.

Clemente VIII era un hombre grave, activo y poseído de un gran sentido de su responsabilidad, aunque excesivamente escrupuloso y por ello lento y tardo en sus decisiones. Era profundamente piadoso. En aquel tiempo no resultaba ya sorprendente celebrar a diario, pero es que además se confesaba diariamente con el sabio Baronio. A menudo se sentaba en un confesonario de San Pedro como un simple sacerdote. Los viernes ayunaba a pan y agua. Los demás días comía siempre en compañía de algunos pobres, a los cuales a veces servía él mismo. En su dormitorio unas calaveras le recordaban continuamente la transitoriedad de todo lo terreno.

Acaso estos gestos ascéticos nos parezcan hoy algo teatrales; pero en ellos se expresa la piedad de la época barroca, entonces en sus comienzos. También el arte barroco tiene mucho de teatral, y la escultura aún más que la arquitectura. Piénsese sólo en las patéticas estatuas de santos esculpidas en el siglo XVII, en las de san Ignacio de Loyola y san Felipe Neri, por ejemplo, y compáreselas con la sencillez de que éstos hacían gala en la vida real. Pero no hay que deducir de ello que la piedad y el ascetismo de la época barroca fueran inauténticos. En aquel tiempo todos estos gestos se tomaban profundamente en serio. Cuando un obispo como san Carlos Borromeo presidía una procesión penitencial descalzo y con una soga al cuello, no lo hacía por ostentación sino, al contrario, movido por un alto sentimiento de sus deberes, y así lo apreciaban sus contemporáneos, sobre los que su ejemplo causaba una gran impresión. En todo caso, un papa como Clemente VIII hace ver a las claras lo mucho que habían cambiado los tiempos, no ya desde Alejandro VI y León X, sino incluso desde Paulo III, cuyo pontificado quedaba a cincuenta años escasos de distancia.

En raro contraste con el rigor ascético y la escrupulosidad de Clemente VIII está la conducta que observó con sus *nepotes*, los Aldobrandini, a los que enriqueció desmedidamente. Estos *nepotes*, como también los Barberini, Ludovisi y Pamfili siguientes, se construyeron en Roma y en sus alrededores los más suntuosos palacios y villas, adornados con maravillosos jardines, colecciones de arte y bibliotecas. En las historias del arte sus nombres suenan muy bien, pero uno no puede menos que decirse que los grandes servicios que muchos de ellos sin duda prestaron a la Iglesia desde los altos cargos que ocuparon, no tienen comparación con las riquísimas rentas que los papas les concedieron y que, en último término, salían de los bienes de la Iglesia. No es que los reyes y príncipes de entonces procedieran de otro modo con sus favoritos y en la administración de los bienes de sus estados; pero a un papa se le exige un sentimiento de responsabilidad mucho más alto que el que se espera de un rey.

La polémica sobre la gracia.

Durante el pontificado de Clemente VIII estalló entre los teólogos católicos una controversia científica que durante años apasionó los círculos eclesiásticos y también, cosa característica del tiempo, los gabinetes de los gobiernos europeos: la llamada controversia sobre la gracia. Su objeto era el difícilísimo complejo de problemas formado por la necesidad de la gracia, la predestinación divina y la libertad del albedrío humano. Tanto Lutero como Calvino habían tropezado precisamente en estos problemas. El concilio de Trento había fijado los conceptos fundamentales: por un lado, para la salvación total del hombre y para el carácter meritorio de cada uno de sus actos es necesario la gracia divina; por otro lado, la voluntad humana es lo suficientemente libre para que el hombre cargue con la plena responsabilidad de sus actos y para que ningún hombre pueda incurrir en la condenación eterna sin su culpa personal. A los creyentes les basta con saber esto. A los teólogos, en cambio, la pregunta que se les planteaba era la siguiente: Si Dios sabe de antemano el resultado favorable o desfavorable de la gracia que concede, ¿por qué no da a cada hombre aquella medida de su gracia que Él sabe que va a necesitar? Cuando Dios concede a un hombre una gracia cuyo resultado adverso Él conoce de antemano, ¿no equivale su decreto a una predeterminación a la condenación eterna en el sentido de Calvino? Y por otra parte: si lo decisivo no es el decreto de la predestinación, sino el libre albedrío del hombre, ¿no se corre peligro de negar la necesidad de la gracia, como hacían los antiguos pelagianos?

La controversia estalló a propósito de un libro del teólogo español Luis de Molina, de la Compañía de Jesús († 1600). La solución que allí se

intentaba parecía en exceso pelagiana a los dominicos, mientras que, a la inversa, los jesuitas encontraban que al combatir a Molina aquéllos se acercaban demasiado a los calvinistas. Clemente VIII avocó la controversia a Roma, nombrando al efecto una comisión especial de cardenales encargada de examinar el libro de Molina. Los teólogos jesuitas no se cansaban de afirmar que no tenían ningún interés especial en defender el libro de Molina, cuyas formulaciones podían muy bien ser discutibles; pero de nada les sirvieron sus protestas y tuvieron que defenderse. Con un trabajo infinito se examinaron, en setenta sesiones de la congregación, pasajes de los padres y de otras autoridades relativos a las cuestiones discutidas, sin que el trabajo avanzara en lo mínimo. Clemente VIII, aunque poco versado en teología especulativa, lo quería comprobar todo personalmente. En vano el célebre jesuita Belarmino, al que el papa tenía en gran estima y había hecho cardenal, le aconsejaba que no descendiera en persona a la arena teológica. La misión del papa, decía Belarmino, no consiste en el estudio especializado, sino en consultar a los obispos y a los demás doctores autorizados para fijar la opinión de la Iglesia en una determinada cuestión de fe y luego dictar su decisión de juez o, si ésta no es necesaria, imponer el silencio a las partes contendientes. Clemente VIII se deshizo de Belarmino nombrándole arzobispo de Capua y prosiguió con sus infructuosas deliberaciones.

Fue su sucesor, Paulo V, quien obró de acuerdo con los consejos de Belarmino. Disolvió la congregación de cardenales y prohibió que ninguno de los partidos acusara al otro de herejía. Por lo demás, en las escuelas podían exponerse ambos sistemas, mientras el magisterio de la Iglesia no adoptara una decisión. La controversia terminó así sin llegar a un resultado, pero eso no quiere decir que fuera infructuosa, incluso prescindiendo de los estímulos que aportó a la teología científica. Por medio de un impresionante ejemplo se había demostrado que la coexistencia de sistemas de interpretación divergentes no significa necesariamente un peligro para el dogma. Tales discrepancias no son deseables, es cierto; más valdría la plena verdad que las más sutiles hipótesis. Pero dado que todo conocimiento humano, y por tanto también el teológico, es siempre incompleto e imperfecto, resulta muy conveniente conocer los límites que separan de la especulación humana las verdades seguras de la fe. De este modo la teología obtiene aquella libertad de trabajo que, como ciencia, necesita.

Si en esta controversia Clemente VIII, de puro escrupuloso que era, no hizo sino malgastar tiempo y energías sin llegar a ningún resultado, en cambio en el terreno político su escrupulosidad le permitió obtener uno de los mayores éxitos que le ha sido dado obtener a un papa moderno: el definitivo mantenimiento de Francia dentro de la Iglesia católica gracias a la conversión de Enrique IV.